



Colegio Montessori

Un lugar para hacerse persona

MI PADRE ES EL CAPITÁN DE ESTA NAVE

Septiembre 2018

A descorrer algunos de los múltiples velos que la ignorancia o malicia han tendido sobre las maravillas sorprendentes de nuestra Fe, se dedican estas sencillas líneas que, lejos de denostar a nadie, desean sinceramente el bien y provecho de todos; y de este modo, contribuir a que ninguno, contemplando su propia vida, se vea condenado a pensar que irremediablemente enhebra sus días, uno tras otro, sin meta, ni sentido.



¿Y DÓNDE ESTABA YO?

Eso preguntó, enfadada, aquella criatura pequeña a sus padres, mientras repasaban con unos familiares los recuerdos compartidos y plasmados, años atrás, en el álbum de fotografías de su propia boda. La sorpresa dejó inmediato paso a las carcajadas de los presentes, mientras que la madre se afanaba en explicarle que su nacimiento fue posterior y por eso no podía estar presente. Pienso que también nosotros, cuando nuestra memoria se dirija preferentemente a los asuntos

que diariamente nos ocupan o nos preocupan, debiéramos formularnos algunas preguntas por el estilo, que nos permitan rectificar planteamientos equivocados.

La primera podría ser muy sencilla, casi ingenua: se trata de tomar conciencia de si hemos comenzado –o no- a respirar, alimentarnos y trabajar, antes o después de ser concebidos. Estarás pensando, en el mejor de los casos, que esa pregunta se contesta por sí sola. No lo dudo, pero

sucede que, tras de la misma, se oculta una evidencia metafísica: la de que el ser precede al obrar; y lo hace posible, desarrollando sus propias capacidades, virtualidades o potencias, que dan lugar a la actuación y maduración o desarrollo de que se trate.

¿No es cierto que nadie da lo que no tiene? De todo lo que tú y yo conocemos, nada (ni nadie) se ha dado a sí mismo la existencia; y tampoco el orden y maravillas del universo y de la realidad propia o circundante, de la que la ciencia se felicita cuando llega a descubrirla un poco más. Esto evidencia que no procedemos, ni nos explicamos desde nosotros mismos. Tampoco desde la materia existente, pues tendría que poseer esas capacidades previas que no tiene. El universo que nos asombra tuvo un principio, que la ciencia se esfuerza por calcular, cada vez, con mayor precisión.

Bueno, pues a esto se llama ser contingentes o criaturas, porque **se recibe la existencia de Otro -Creador-** cuya esencia es, precisamente, el Ser: Ilimitado e Infinito; y sólo Uno, porque esas mismas características –por expresarlo sencillamente– no permitirían la concurrencia de varios. Pensar que ese Dios Creador, que nos conserva en la existencia, es mudo

o se desentiende de nosotros entra en el ámbito de la fantasía o del disparate, porque ya en la misma Creación ha comenzado a revelarse. Cosa distinta es que estemos o no dispuestos a ser consecuentes con el grandísimo don de haber sido creados, así como a querer escucharle.

*No procedemos,
ni nos explicamos
desde nosotros
mismos*

¿Podemos mediante nuestra razón descubrir a Dios? Desde luego que sí. Pero penetrar en su Vida íntima trinitaria re-

quiere la Fe en la Revelación de Sí mismo. El conocimiento de la Historia de la Salvación desde el origen de la propia Creación, en la Biblia y en la Tradición, pone de relieve una Revelación progresiva de Dios, admirablemente adaptada a la evolución histórica de la propia Humanidad, desembocando en la Encarnación del Hijo de Dios, que sin pérdida o confusión de su Naturaleza Divina, asume en

su Persona también la naturaleza humana. Es evidente que lo dicho se entiende desde la perspectiva de la Fe, pero ésta no

es algo inusual e impropio del hombre, sino que eleva y dignifica nuestra naturaleza y nuestra razón, sin menoscabo alguno.

A quien afirmase que no es aceptable la actitud del creyente por no ser válido el



conocimiento de Dios y su Revelación mediante la fe, cabría preguntarle por qué la fe no va a ser una vía admisible de conocimiento cuando todos la practica- mos continua y necesariamente, como algo natural que no nos menoscaba sino que nos ayuda. Difícil empeño sería com- probar –uno por uno los ingredientes de los alimentos que nos sirven, los princi- pios activos de los medicamentos que ingerimos o los coeficientes de seguridad de los pilares de los edificios en los que penetramos. No menos que encontrar a alguien que hubiere descubierto y apren- dido cuanto sabe sólo por sí mismo, sin dar por supuestos y aceptar previamente como válidos conocimientos adquiridos y transmitidos por otros.

Y si damos crédito a los hombres (con sus limitaciones y miserias...) ¡con cuan- ta mayor razón y segura certeza debe- mos fiarnos de Dios, que es la Verdad y el Amor, que no puede equivocarse o engañarnos! Bueno es el afán de saber, pero **como Dios es la Verdad, la Fe y la Ciencia no pueden contradecirse, una a**

otra. No me resisto, además, a transcribir una sencilla estrofa que aprendí cuando era joven y que debieran servirnos de re- flexión en nuestra búsqueda intelectual: *Es la ciencia consumada el que el hombre en Gracia acabe; pues, al fin de la jorna- da, aquél que se salva, sabe; y el que no, no sabe nada.*

Tempestad marítima. Encrespadas olas, que amenazan hacer zozobrar la embarcación. La delicada situación podría *leerse* en los rostros atemorizados de los pasajeros y en la presteza de la tripulación al ejecutar sus tareas. Y sin embargo, un niño juega tranquilo y sonriente. Despreocupado de todo, atrae irremediamente la aten- ción de un curtido y recio hombre de mar: *Niño –le dice– ¿cómo permaneces así de tranquilo? Y éste responde con naturalidad: Pero... ¿por qué me voy a*

*Debemos fiarnos
de Dios, que es
la Verdad y el
Amor*



inquietar, si mi padre es el Capitán de esta nave y empuña también la rueda del timón? Ahora te escribo yo: ésa, amigo mío, es (o debería ser) nuestra actitud delante de Dios, a lo largo de toda la vida de aquí; y también del tránsito a la de Allí. Ese es el camino de la Fe, sin los temores y complicaciones con que trata de desacreditarla o dificultarla la miseria humana.

Comentábamos, párrafos atrás, cómo –constante-mente- nos ejercitamos en innumerables actos de confianza en los demás; y es así como avanzamos intelectualmente, desarrollamos nuestra vida y alcanzamos nuevas metas de progreso y bienestar. Todos, con las elementales precauciones, necesitamos creer y confiar. Esta fe humana, no es contraria a la lógica, ni a la razón: lo que no sería lógico y racional sería adoptar la incredulidad o el escepticismo como normas de la vida propia o social (¿se imaginan el caos de esta última si ninguno pudiera fiarse de nada, ni de nadie?). ¿Y con Dios..., sí? Tú, que exiges que confíen en ti y te repele la desconfianza, ¿desconfías de Quien más obligado estás a confiar? ¡Vaya coherencia, amigo mío!

Permítaseme recordar algunas de las enseñanzas de SS Benedicto XVI, con ocasión del Año de la Fe: La fe cristiana es en primer lugar encuentro con Jesús. La fe no es la simple aceptación de unas verdades abstractas, sino una relación íntima con Cristo que nos lleva a abrir nuestro corazón a este misterio de amor y a vivir como personas que se saben amadas por

Dios. La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin la fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe en Dios defiende al hombre en todas sus debilidades e insuficiencias. Tenemos que aprender, incluso en las noches oscuras, a no olvidar que Dios ya está en medio de nuestra vida y que podemos sembrar con la gran confianza de que el sí de Dios es más fuerte que todos nosotros.

La fe cristiana es en primer lugar encuentro con Jesús

La Fe nos permite mirar cuanto sucede con los ojos de Dios, con el **optimismo y alegría de saber que Él nos ama con locura y cuida de nosotros en toda circunstancia**; y con la esperanza de que nos aguarda y nos tiene preparado un futuro de plena y eterna felicidad: esperanza que da sentido y seguridad a nuestra vida presente. Tal vez, por ello, el Santo Padre ponía en boca de María estas palabras dirigidas a cada uno de nosotros: ¡Ten la valentía de atreverte con Dios! ¡Prueba! ¡No tengas miedo de Él! ¡Ten la valentía de arriesgarte con la bondad! ¡Ten la valentía de arriesgarte con el corazón puro! ¡Comprométete con Dios; y entonces verás que precisamente así tu vida se ensancha y se ilumina, y no resulta aburrida, sino llena de infinitas sorpresas, porque la bondad infinita de Dios no se agota jamás! De ello depende la propia felicidad que te deseo.

..... **ANDRÉS BOTELLA GIMÉNEZ**

DIOS INSISTE: ¡CONÍA EN MI!



El Señor nos pide de muchos modos que confiemos en Él, En el libro de los Salmos nos dice una y otra vez lo mismo: *Encomienda al Señor tu camino, confía en Él, que Él actuará (Sal 37,5). Deja en el Señor tu cuidado y Él te sustentará, que no abandona para siempre al justo que zozobra (Sal 54,23).*

Como un eco de todo el Antiguo Testamento San Pedro nos exhorta en su primera carta: *Descargad sobre Él todas vuestras preocupaciones, porque Él cuida de vosotros (1P 57).*

Y son solo tres ejemplos. ¿Por qué insiste tanto el Señor en que confiemos en Él? El primer pecado fue de desconfianza y soberbia: *No moriréis en modo alguno; es que Dios sabe que el día que*

comáis de él se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal (Gn 3, 45). Y se lo creen. Desde entonces la tentación de la desconfianza hacia Dios está siempre presente en nuestros corazones.

Para ser felices en esta vida (con la relativa felicidad que aquí podemos tener), necesitamos reconocer que con nuestra inteligencia no podemos abarcar la sabiduría de Dios, no podemos entender todos sus planes; pero, al mismo tiempo, hemos de estar totalmente seguros de que nuestro Padre nos ama infinitamente y no tiene ningún interés en enriquecernos ni hacernos daño, que quiere lo mejor para cada uno de nosotros, sus hijos. **Por tanto, podemos y debemos confiar totalmente en Él.**

Señor: desde el comienzo de la historia, llevamos clavada en el corazón la espina de la soberbia y la desconfianza, y por eso Tú nos repites una y otra vez que confiemos en Ti, que dejemos en tus manos nuestro cuidado, nuestras preocupaciones, porque Tú cuidas de nosotros en todo instante. Haz, Señor, que confiemos de verdad en Ti, que esperemos de Ti todo lo que necesitamos para nuestra felicidad y salvación.

Deja un momento tus ocupaciones habituales, hombre insignificante. Arroja lejos de ti las preocupaciones agobiantes y aparta de ti las inquietudes que te oprimen. Reposa en Dios un momento, descansa siquiera un momento en Él. Di con todas tus fuerzas: Busco tu rostro; tu rostro busco, Señor (San Anselmo).

Tenemos que pararnos, respirar, serenarnos, entrar en nuestra alma, cerrar la puerta y, en silencio, buscar el rostro de Dios. No es difícil. Nos está esperando con una sonrisa y pone el brazo sobre nuestros hombros, y nos atrae hacia su corazón mientras nos dice: ya era hora, hijo mío. Cuántas ganas tenía de estar a solas contigo. Y nosotros como niños, reposamos la cabeza en el regazo de

nuestro Padre.

Señor, que yo vea con tus ojos, que yo hable con tus palabras, que yo escuche con tus oídos, que yo trabaje con tus manos, que yo quiera tu voluntad, que yo ame con tu corazón (san Josemaría).

Dios solo sabe contar hasta uno, dijo André Frossard. Cada uno de nosotros nos es un número anónimo en la infinita muchedumbre de la humanidad. **Cada hombre es un HIJO ÚNICO para Él.**

Podemos considerar como dirigidas a nosotros esas palabras que le dijo a Santa Catalina de Siena: Hija, olvídate de ti y piensa en mí, yo pensaré continuamente en ti.

EXTRACTO DEL LIBRO “DIOS TE QUIERE, Y TÚ NO LO SABES” DE D. TOMÁS TRIGO PUBLICADO POR CASABLANCA COMUNICACIÓN.



Colegio
Montessori

Calle Rafael Lapesa 1
37004 Salamanca

www.montessorisalamanca.net